

La novela como lugar de lo profano: paréntesis y rupturas de lo sagrado

Carlos Guevara*

RESUMEN

Aproximarse a una teoría de la novela es aproximarse igualmente a una teoría del hombre occidental moderno. Desarrollar una argumentación en defensa de esta tesis constituye el propósito central de este texto. Se partirá de unos planteamientos generales que expresan el espíritu de la modernidad y que van en contraste con otras lógicas y cosmovisiones que pueden haber sintetizado las maneras de ser, pensar y actuar en otros momentos del devenir de la cultura europea y occidental. Desde tales perspectivas se espera poder aportar algunas explicaciones sobre lo que implica la forma novela en cuanto síntesis y expresión de los procesos sociales, económicos, políticos y culturales en occidente y cómo gracias a ella se pueden comprender amplia y claramente los problemas, imaginarios y cuestiones trascendentales que han marcado la vida occidental. Finalmente, se especulará un poco respecto de la tesis según la cual la novela es un género en extinción dado que los tiempos que corren no son los más propicios a la expresión de su finalidad.

Palabras clave: modernidad, novela, espíritu crítico, personajes literarios.

THE NOVEL AS A PROFAN'S PLACE: PARENTHESIS AND BREAK UP OF THE SACRAL

ABSTRACT

Getting an approach to the novel's theory means approaching equally to a modern western men. In its core, this paper is aimed to develop an argument which supports said thesis. The point of departure will be the general statements which express the spirit of modernity, contrasting other logic theories and cosmic visions that can have synthesized the ways of human's being, thinking and acting at other moments in the history of European and western culture. From such perspective, it is expected to be able to give some explanations about what the novel form is meant to, as synthesis and expression of the social, economic, political and cultural processes in the West, and how we can go through it to the wide and clear understanding of problems, imaginary and transcendental items that have marked the western life. Finally, some assumptions will be made in relation to the thesis according to which, the novel is a type of literature genre going to extinction as the present times are not most propitious to the expression of its purpose.

Key words: modernity, novel, critical spirit, literary personages.

* Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Profesor Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de La Salle.
Correo electrónico: cguevara@lasalle.edu.co
Fecha de recepción: 9 de marzo de 2007
Fecha de aprobación: 16 de marzo de 2007

SOBRE EL ESPÍRITU DE LA MODERNIDAD

El espíritu de la modernidad se expresa esencialmente en la actitud del hombre que se acerca a la realidad para encontrar en ella sentidos nuevos y nuevas significaciones que no estaban inscritas en los códigos o convenciones culturales tradicionales. La modernidad es “*una forma de experiencia vital-experiencia del tiempo y del espacio, del ser y de los otros...*” (Berman, 1985), una experiencia de cambio permanente y de confrontación con nuevas iniciativas, ideas y costumbres en todos los órdenes de la vida. Lo moderno exige, según esto, una posición y una actitud críticas hacia toda la tradición, un desafío de los lugares comunes, un permanente recelo sobre lo canónico; implica incorporar la sospecha de que lo establecido y aceptado hasta ahora no tiene carácter ni absoluto ni universal. Se puede afirmar que la modernidad se expresa, en cierta forma, como duda respecto de la legitimidad y validez de los valores y formas de organización y relación en que se fundamentó la vida de las comunidades de la Europa occidental durante muchos siglos.

Se empezó, por ejemplo, a dudar de que los preceptos religiosos, mantenidos incólumes durante muchos siglos, correspondieran a verdaderas decisiones divinas sobre cómo debían ser las relaciones de los hombres con Dios mismo y con los demás hombres. Se dudó también de que fueran absolutas las formas de relación entre los individuos, a nivel político, ya que estaban marcadas por la exclusión de las mayorías en las decisiones que se tomaban con relación a la vida colectiva, y sólo unos pocos y sus descendientes podían determinar el destino humano; se dudó de que tal organización correspondiera a un designio divino para el mundo, un mundo real en que eran visibles las discriminaciones más aberrantes, la exclusión y la injusticia. Se sospechó que la miseria o la pobreza colectiva, que contrastaban con la opulencia y el derroche de los poderosos, y la re-

signación del hombre ante este estado de cosas como paso previo a las dichas del cielo, fueran cuestiones legítimas; al contrario, se empezó a afirmar la idea de que todo estaba organizado siniestramente para que unos pocos vivieran a sus anchas mientras las mayorías estaban sometidas a las peores condiciones. Se tuvo como una aberración el hecho de que solo quienes habían nacido nobles tuvieran acceso a la educación para el dominio y el manejo del estado mientras que a las mayorías se les tenía vedado el acceso a la instrucción o al estudio. Finalmente, se empezó a descubrir que las concepciones que se tenían como verdades eternas sobre el cosmos, la naturaleza, el hombre, la materia en general, eran concepciones erróneas que debían ser sustituidas; y en verdad –aunque con grandes oposiciones– empezaron a ser sustituidas desde los auspicios de la razón humana. En fin, poco a poco, a través de los últimos siglos de la llamada Edad Media, fueron floreciendo algunas ideas que dejaban entreverar la posibilidad de un mundo comprensible desde otro orden, desde otra visión y otra forma de organización que transformaron radicalmente las prácticas y concepciones de vida establecidas. Es decir, fue emergiendo un algo, como un sueño, el sueño de la posibilidad de armar un mundo en el que los hombres tuvieran una existencia más digna, menos miserable y dependiente, donde se le otorgara cierta autonomía a cada individuo con el fin de que participara más activamente en la vida colectiva y de que orientara su vida de manera más autónoma y menos dependiente de las normas tradicionales. Ese sueño, o mejor, ese conjunto de ideas o de principios se conoce con el nombre de *modernidad*: la modernidad corresponde, entonces, a un conjunto de ideas o concepciones en torno a la manera como debe organizarse la sociedad y, en general, la vida en todos sus órdenes y manifestaciones. Ese conjunto de principios y concepciones se extendían a campos como el cultural, el filosófico, el científico, el político, el estético, el económico, el social, etc. Y, lentamente, fueron sustituyendo las antiguas concepciones sobre el hombre, el mundo y

la sociedad hasta lograr su superación e imponerse en lo que sería considerado un nuevo mundo, una nueva dimensión de la existencia, una nueva manera de existir y de relacionarse con los otros, una nueva forma de interpretar la vida; en fin, una nueva forma de pensarse en un mundo que era otro, incierto aunque lleno de esperanzas; en permanente transformación, aunque con promesas sobre un futuro estable y digno para todos.

Dentro de este espíritu de la modernidad, entonces, ser moderno exige insatisfacción con una imagen del mundo, exige el abandono de una cosmovisión milenaria que “conciliaba” la vida del hombre y lo mantenía en una especie de sopor de la esperanza, esperanza fundada en la creencia de una meta esencial, definitiva y perfecta de la existencia, en la idea de un estado o de un lugar en el que la dicha perpetua se constituía en el premio al sufrimiento y a las privaciones de este mundo de pecado en que se reforzaban, como estrategia del poder, los sentimientos de culpa y deuda permanente del hombre. Ser moderno es pues, buscar y querer otras razones más humanas –menos divinas– y más complejas que expliquen la realidad y que convoquen al hombre a iniciar un esfuerzo por comprender ese mundo nuevo que reemplazó el anterior que era estable, fijo, esencial, finalista.

La modernidad, por todo lo anterior, es un desafío revolucionario y atrevido, un desafío rotundo e implacable a un modo o sistema de vida que orientó y bajo el cual se organizó durante cientos de años la vida de millones de seres humanos en el mundo occidental. El espíritu de la modernidad implica entonces renunciar a todas las creencias, a todos los principios y prácticas mantenidas como sagradas durante siglos y decidir instalarse en la existencia bajo la fragilidad e incertidumbre de una nueva cosmovisión voluble y vaga que nada promete con certeza, que nada da por seguro, que es inestable pero que está llena de delicias y posibilidades aunque contenga también en sí un componente fatal (la duda como método esencial)

que llevará finalmente al hombre a la más profunda soledad histórica y a un sentido nihilista de la existencia. Por ello, la modernidad se entiende como una aventura en el tiempo del hombre que, de hecho, es ya un ser histórico, un ser contingente y no el ser supuestamente divino y predeterminado por Dios para cumplir un plan cósmico y eterno que no entiende y que nadie le explica.

Ahora, al descubrir esta realidad, dolorosa y excitante a la vez, el individuo y la sociedad son conscientes de que no pueden valerse más que de sí mismos en su vagar por el mundo y de que todas sus creencias perdieron firmeza y se diluyeron entre el follaje de nuevas concepciones; es decir, hombre y sociedad descubren un carácter solitario de la vida, una condición de soledad cósmica en que no existen certezas que orienten la vida cómoda o seguramente. Ese ser moderno da cuenta racionalmente de los vacíos y grietas en que se apoyan las más fuertes tradiciones y –desde esa convicción, errada o no– se intenta reconstruir el tejido de lo humano, resignificarse en el mundo y dar sentidos nuevos a la existencia.

Así las cosas, la modernidad se inscribe históricamente como una dimensión crítica; es la crítica su fundamento; no se puede ser moderno sin ejercer permanentemente la crítica sobre todos los órdenes de la vida. Todo lo que hoy se establece, hoy mismo es puesto en cuestión; contrariando el espíritu más o menos tranquilo de los siglos medievales, en la mentalidad moderna nada es estable, todo se “*desvanece en el aire*”. A toda idea, a toda nueva concepción, a todo principio, se le buscan argumentos que lo contraríen o que demuestren sus inconsistencias. Por este mismo método y por el principio de renuncia a cualquier criterio absoluto y con pretensiones de universalidad y verdad, el hombre moderno se familiariza con la sospecha de que tampoco sus ideas o sus consideraciones son absolutas ni verdaderas de manera definitiva; de que todo es inestable y relativo. Esta sospecha lo anima permanentemente a mirar con espíritu crítico

el sistema de creencias o de razones que él mismo va armando sobre el mundo y sobre la realidad; lo que hoy arma con pretensiones de estabilidad, mañana lo sustituye o lo descarta cuando encuentra otras perspectivas. Así, la modernidad no consiste pues en desarmar un sistema de creencias para asentarse tranquilamente en otro sistema supuestamente mejor o más bueno; en este sentido –al contrario de lo que pudiera creerse– no hay una moral moderna; no es cambiar una ideología por otra; no solo se ve como inconveniente lo existente, fruto de las tradiciones y costumbres arraigadas sino que tampoco las ideas propias tienen carácter definitivo: las ideas del hombre moderno son también contingentes, no dan tregua alguna que concilie a dicho hombre con la vida; el hombre moderno cae con frecuencia en la angustia del vacío, en el que nada permanece, en el que todo lo sólido se desvanece en el pensar.

SOBRE EL ESPÍRITU DE LA NOVELA

La novela es la legítima expresión del alma moderna; nace con la modernidad y va con ella como su único destino posible. La novela es el testimonio del hombre como ser histórico; la constancia simbólica de los acontecimientos, los deseos, los sueños, los logros, las miserias y, en general, del espíritu de la modernidad. La novela es el reino de lo humano, un reino ya no suprido o colmado por dioses o por héroes sino habitado por criaturas débiles y sensibles, conscientes de su finitud y del carácter efímero de sus sueños. Todo en la novela es deleznable, todo en ella se diluye en la nada como la vida misma; la novela es apenas una constancia del paso del hombre por el tiempo; nada en ella es permanente ni sagrado; todo es terrenal y humildemente humano; en fin, algo hecho por el hombre para el hombre; como un homenaje a sí mismo, o mejor, como una huella de sus afanes, como un retrato o una pintura de su acontecer histórico.

En la llamada Edad Media y en la antigüedad clásica de Occidente no encontramos el género novela; los

relatos de estas épocas correspondían a narraciones con características y pretensiones diferentes. Los cantos épicos pretendían servir de testimonio del origen divino o heroico de los pueblos. Eran cantos ejemplares, destinados a guardar una memoria sagrada que se remontaba hasta los dioses; cantos que ligaban a los hombres con antepasados divinos y heroicos y los convocaban a observar sus dictámenes y sus reglas. Las narraciones antiguas y medievales eran, de cierta forma, escritos moralizantes y didácticos. Uno de sus fines era mantener la memoria colectiva, las raíces profundas que vinculaban mítica o sacramente a los pueblos con unos acontecimientos ocurridos en el origen de los tiempos cuando los dioses o los héroes habían llevado a cabo el acto fundacional y trascendente de dicho pueblo. Otra de sus finalidades era el establecimiento de normas de conducta, rituales, y de prácticas religiosas, sociales o culturales que garantizaran la unidad del pueblo y su cohesión política. Esta cohesión política, antes que nada, era cohesión religiosa, que se constituía en la instancia suprema desde la que se orientaba la existencia y se fundamentaban los valores esenciales que la sustentaban. Podríamos, desde esta perspectiva, afirmar que las narraciones antiguas y medievales eran, en general, narraciones *religiosas* en el sentido más puro de la palabra: su propósito era religar al hombre con unos principios desde los cuales se organizaba la vida social e individual.

Los personajes de tales narraciones son casi exclusivamente dioses y héroes. No hay espacio allí para los mortales. A estos se les asume como una especie de criaturas inermes ante los obstáculos, impotentes para transformar la realidad, creaciones débiles que deben ser auxiliadas para sobrevivir en el mundo, un mundo que se está apenas creando y en el que los seres humanos son como polluelos que requieren protección. A cambio de esta protección divina o heroica a la cual deben su supervivencia, están obligados a acatar las normas, hábitos y conductas establecidos en las grandes narraciones. Leyendo estos relatos, se adivina la talla portentosa tanto de

las acciones como de quienes las realizan; son los personajes dioses poderosos cuyos soplos, rayos o miradas terríficas causan estragos a los monstruos amenazantes o a las divinidades adversas y crean u organizan el mundo según unos designios eternos; en otras ocasiones, son héroes de estatura gigante y de fuerzas colosales que levantan y se lanzan rocas, que poseen lanzas o escudos que solo ellos pueden maniobrar o que se enfrentan a fieras de cabezas inmortales o a personificaciones del mal.

La novela es otra cosa tanto por su estructura, por sus fines y por su carácter como género. La novela, al contrario de los relatos antiguos y medievales no pretende explicar el mundo; es simplemente una forma sensible de resignificarlo, de simbolizarlo e interpretarlo insistentemente. La novela va a la vida misma, no para determinar cómo debe ser, sino cómo es, con sus componentes críticos, sus posibilidades, sus negaciones. Aquí reside el carácter moderno de la novela: su mirada sobre el mundo y la vida es una mirada crítica, es decir una mirada que testimonia las facetas diversas de la existencia. La novela, más que pretender ser ejemplarizante, da simplemente cuenta de las cosas puestas ahí, da cuenta de cómo se dan de repente las cosas en el mundo de la vida y cómo éstas mutan y cambian, cómo se transforman en una permanente sucesión que hace de la vida algo vertiginoso e inestable y no una dimensión conciliadora y gratificante, hecha de una vez y para siempre. El mundo en la novela deviene infinitamente; en los relatos antiguos el mundo estaba ya dado como debía y no se concebía el cambio; estaba organizado como un cosmos estable y las luchas de dioses y héroes se daban precisamente para impedir que regresara a un supuesto caos. El mundo de la novela, por el contrario, da cuenta del caos del mundo; la novela no es objetiva nunca como sí lo eran los relatos antiguos: exactos, precisos. La novela subjetiviza el mundo; es decir, lo hace cosa de sujetos, de hombres y mujeres y expulsa de su territorio a los dioses y a los héroes.

En el mundo de la novela no hay lugar para lo divino; todo en ella es demasiado humano. Por esto, por ejemplo, los personajes de las novelas no se deberían, como es costumbre, denominar con la palabra *héroes*, al menos en la acepción clásica. Los personajes de las novelas son “hombres” y son “mujeres”, son seres inermes frente al destino, a un destino ya no trazado por los dioses o las parcas, sino estructurado según los designios de una maquinaria histórico-social compleja de la que no pueden evadirse. Este es el mundo de la novela, una maquinaria abismal, cosa de hombres y mujeres, cuestión de procesos humanos. Es a partir de esta concepción, que el universo de la novela se hace crítico y puede así, a través de los personajes, sintetizar las posibilidades de acción humanas, representar posibles conductas y actitudes de los seres humanos, darle el peso, la categoría y el valor de lo humano a la vida y no pender de supuestas abstracciones que remiten todo a los dioses o a seres superiores; en esto se halla la sabiduría de la novela, una sabiduría que a la larga no sirve para alcanzar la felicidad, como se pretendía con los relatos antiguos, sino acrecentar la angustia y señalar la finitud y la incertidumbre de la existencia; la novela, como diría Kundera, encierra “*la sabiduría de lo incierto*”. El universo de la novela marca así la condición de soledad y errancia del hombre; no hay dioses que nos hagan las cosas ni que nos arreglen el mundo; no hay un cosmos absoluto; todo es un fluir insistente sobre cuyas fraguas se organiza la vida; estamos en el mundo y no terminamos de entenderlo ni es tampoco nuestra pretensión última; la novela existe simplemente porque estamos enamorados de la vida tal cual se nos da y porque esta manera de darse permite también renegar de ella cuando se intuyen otras posibilidades de existencia de las que se parte para generar las crisis de la vida, sobre las que precisamente se organiza el universo de toda novela.

Si la modernidad, como se decía arriba, trajo consigo una ruptura total con las cosmovisiones antiguas que orientaron la vida humana durante siglos, si la modernidad marcó el inicio de un desarraigo trascendental,

de una ruptura con lo sagrado; la novela entonces es el testimonio de dicha ruptura, el testimonio de un nuevo estado del universo, un estado de soledad humana: el estado del hombre que descubre que debe hacer el mundo y habitarlo y no asumirlo ni habitarlo como supuestamente es. En esto reside el carácter crítico de la novela y la razón por la cual no puede hablarse de la existencia del género en la antigüedad cuando los hombres vivían conciliados con una imagen del universo que se destrozó con la modernidad, con la aparición de la ciudad como ámbito propicio al espíritu moderno, espíritu éste que no podía nacer en un ambiente campesino o rural que fue, por el contrario, el ambiente propicio para la existencia de los fantasmas de la divinidad y de los monstruos y héroes premodernos que marcaron la creación de las narraciones ejemplarizantes de esos períodos. La novela, así entendida entonces, es la compleja expresión de lo urbano, la revelación de una nueva condición del hombre, la revelación de lo humano puesto en otras circunstancias, ya no cósmicas sino históricas: las circunstancias del hombre dentro de otro marco de relaciones que se dan cotidianamente en un ámbito de ciudad que exige afrontar una existencia distinta a todas las anteriores, una forma de existencia en la que no hay principios eternos, en la que nada permanece, en la que todo deviene incesantemente y se *“desvanece en el aire”*.

SOBRE LA MUERTE DE LA NOVELA

¿Si como decíamos, la novela se da como expresión natural de un espíritu desgarrado y crítico que no encuentra conciliaciones con el mundo tal cual se da; si la novela existe porque se da un mundo que exige su presencia como género que testimonia sus crisis; si la novela expresa las lógicas y coordenadas en que se establece y se rige la vida social del hombre urbano; si es revelación del destino histórico y social del hombre, apartado ya de un destino divino; si señala el permanente fluir de la vida en un mundo sin dioses y sin héroes distintos al efímero y frágil humano, es acaso posible pensar en la muerte de la novela, o

es posible pensar, como Kundera, que esta muerte ya se ha producido?

Si la modernidad –bajo cuyo espíritu surgió el género novela– muere apabullada por las manifestaciones que legitiman otras formas de existencia caracterizadas por nuevos metarrelatos políticos, religiosos, filosóficos; si desaparece el espíritu de la modernidad, caracterizado por la duda del hombre frente a toda concepción con pretensiones de absoluto; si se diluye ese hombre fragmentado de la modernidad (pero con ansias de sabiduría y conocimiento de sí mismo y de la vida) bajo otros estandartes ligados a la simple credulidad y a la fe; si ese tipo de hombre sumido en las reflexiones sobre sí mismo y sobre su realidad, si ese individuo hecho retazos por la duda que la razón impulsa, si tal hombre, de repente –en esa búsqueda incesante de certezas– encuentra algunas a las que dé carácter de nuevas y eternas verdades y se ampare metafísicamente en ellas, sin duda que la novela desaparecerá pues habrá desaparecido su territorio sagrado: la duda existencial del hombre.

Hay quienes anuncian esta posibilidad. El mundo, el occidental al menos, parece entrar hoy –quizá como respuesta desesperada ante la falta de certezas, tal vez como respuesta a una natural necesidad de verdad, cansado de siglos de incertidumbre y de especulaciones racionalistas– en una nueva etapa en su existencia. En el mundo actual, a la duda metódica se le intenta reemplazar por certezas halladas en los pajaros de las abundantes religiones que actualmente infestan los mercados de la fe; al espíritu de búsqueda se le quiere sustituir por un nuevo espíritu, alicorto y sumiso, que abreva en los invernaderos de filosofías finalistas y nuevos credos que son nuevas ortodoxias; a los conocimientos adquiridos con entusiasmo y ardor en academias y universidades se les opone desvergonzadamente y se les confronta con fanatismos de la nueva era o de logias y hermandades portadoras de nuevas y truculentas verdades que, por supuesto, entusiasman a sus alegres fieles

que levantan las manos para bendecir y aplaudir la llegada de la luz.

La sociedad de hoy, parece haber dado un giro sustancial, impensado hasta hace unas pocas décadas. Es un giro ridículamente proclive a la frivolidad, caracterizado por actitudes tendientes a lo banal, a lo insípido, al facilismo, a la incapacidad para el sacrificio, a la impotencia para afrontar y aceptar la dificultad como instancia superior de la vida. La búsqueda ansiosa –y por ello misma peligrosa– de convicciones que resuelvan nuestras dudas e incertidumbres, la gratuita y grosera acomodación de frases, opiniones y creencias oscuras para explicar la realidad; los fantoches intentos por hallar razones que expliquen el “otro mundo” cuando aún éste en que estamos nos es desconocido; la necesidad casi pervertida de evasión hacia horizontes señalados por los mercados de todo tipo (religiosos, hedonistas, políticos); el afán por obtener respuestas más que por formular preguntas; todo ello, tiene como único mérito, desviar al hombre de su vocación histórica y conlleva el riesgo de sumergirlo en una nueva edad antigua y medieval en la que –dentro de su ignorancia– el hombre creará tener verdades eternas que lo harán, sin darse cuenta, víctima de manipulaciones y enajenaciones totalitarias que finalmente lo convertirán en un ente sin el deseo ni la necesidad de pensar; otros lo harán por él para demarcarle la vida y convertirlo en un nuevo menor de edad, vergonzoso producto de su propia irresponsabilidad para afrontar el mundo desde la perspectiva del pensamiento reflexivo y crítico.

En una realidad así, en la que la mayoría de los hombres no se piensan en el mundo, en la que retornan los

brujos, en la que millones de seres se evaden por los pasadizos clandestinos del fanatismo y rehuyen el ágora de la discusión meridiana; en una época como ésta, en la que se mira con desconfianza el espíritu crítico frente a lo establecido, en una época en la que se empieza a perseguir la diferencia y en la que se busca la unidad –una unidad espuria, por supuesto– a toda costa; en momentos como los actuales en los que en cada cuadra hay un brujo, una iglesia, un cuartel, un periódico, una emisora y un canal televisivo, todos al servicio de nuevos fanatismos, en un mundo así, de hecho, no tiene espacio la novela pues su reino es la visión crítica de la existencia, su fin es la lucha contra esa unidad acomodaticia de los espíritus y su rebeldía frente a la injusticia, a la mentira, al fanatismo, a las conciliaciones eternas. En una sociedad así, la novela es negada pues ésta solo puede existir como negación de ese espíritu conciliador de lo humano. Hoy, al parecer, millones de hombres ya no se niegan a sí mismos para buscarse en la diversidad y en la incertidumbre, terrenos propios de la novela; por el contrario, se afirman y se encuentran en nuevos fanatismos que colman su vida y los llevan a ver con esperanzas el más allá o los llevan a ver con esperanzas, por qué no, este mundo en el que han implantado un paraíso a la estatura de sus creencias y en el que a cada paso encuentran dioses de su tamaño a los que apenas satisface alguna contribución monetaria para otorgarles la felicidad.

Sólo queda la esperanza de que los hombres no sean tan coercibles como parecen para que, al menos entre algunos nuevos locos como Don Quijote, la novela nos siga sosteniendo metafísicamente en un mundo abandonado por los dioses.

BIBLIOGRAFÍA

Berman, M. “Brindis por la Modernidad”. *Revista Nexos* 89. (1985).

Kundera, M. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets editores, 2004.